

Historiadora: con qué objeto y con qué objetos

una entrevista con Arlette Farge

Arlette Farge, historiadora francesa formada en la escuela de los Annales, ha privilegiado el estudio de las clases populares afirmando su calidad de actores de la historia. Trabajando principalmente a partir de fuentes judiciales y con frecuencia desde la óptica del microanálisis, Farge se ha interesado por las estrategias populares de apropiación del espacio urbano, así como por la palabra, incluso la más ínfima, y las emociones de esta misma población, en lo individual y lo colectivo. De ahí surge, particularmente, su reflexión sobre la opinión pública en el siglo XVIII, lo mismo que su particular exploración de la relación entre el historiador y sus fuentes. Su último libro, *Des lieux pour l'histoire* (1997), reflexión ética y metodológica sobre objetos históricos poco explorados hasta ahora: el sufrimiento, la violencia, la guerra, constituye el punto de partida de esta entrevista.

Historiadora francesa formada en la escuela de los Annales, Arlette Farge ha privilegiado el estudio de las clases populares afirmando su calidad de actores de la historia. Trabajando principalmente a partir de fuentes judiciales y con frecuencia desde la óptica del microanálisis, se ha interesado por las estrategias populares de apropiación del espacio urbano, así como por la palabra, incluso la más ínfima, y las emociones de esta misma población, en lo individual y lo colectivo. De ahí surge, particularmente, su reflexión sobre la opinión pública en el siglo XVIII.

De sus obras, las que han marcado hitos más importantes son, sin duda: *Vivre dans la rue à Paris au XVIIIe siècle* (1979),¹ que estudia la apropiación de la calle parisina por las clases populares, como lugar de vida y trabajo, en un momento importante de reglamentación del uso del espacio urbano; *Le goût de l'archive* (1989), una reflexión sobre la rela-

◆ Es Investigadora del Departamento de Estudios Sobre Movimientos Sociales del Centro Universitario de Ciencias Sociales y Humanidades-UdeG.

◆◆ Es Historiadora del Centro de Investigaciones sobre América Latina en el Mundo Ibérico de la Universidad de París I.

¹*Vivre dans la rue à Paris au XVIIIe siècle*, Paris, Gallimard, Coll. Folio/histoire, 1992 (1ère Ed. 1979).



ción entre el historiador y sus fuentes; *Dire et mal dire. L'opinion publique au XVIIIe siècle* (1992), que profundiza en el estudio de la opinión pública popular, postulando que ésta existía ya antes de la revolución francesa. Su último libro, *Des lieux pour l'histoire* (1997), marca un giro en el devenir de su carrera, al constituir una reflexión ética y metodológica sobre objetos históricos poco explorados hasta ahora: el sufrimiento, la violencia, la guerra.

Arlette Farge es directora de investigación en el Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS) y miembro del Centro de Investigaciones Históricas de l'Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales (CRH-EHESS), donde forma parte del equipo de historia de la mujer. Dirige, en este mismo lugar, junto con Pierre Laborie, el seminario "Historiens et phénomènes d'opinion. L'événement et sa réception XVIIIe-XXe".



EC: Hay una palabra que está presente en todos los prefacios de sus libros: la palabra *archivo*; ¿cuál es su relación con los archivos? ¿Por qué, por ejemplo, eligió trabajar sobre los fondos judiciales del siglo XVIII? ¿Qué lugar le da usted al archivo como parte de su trabajo como historiadora?

AF: En cuanto a la elección del fondo judicial del siglo XVIII, no es nada complicado. Al principio, se trata de un tema de tesis dado por un profesor, que en aquel tiempo era Robert Mandrou. Mas no es tampoco una elección hecha al azar, porque cuando él me dio el tema, al mismo tiempo afirmó que ese fondo no había sido abierto nunca y creo que el hecho de saber que hay un fondo de archivo que todavía no ha sido abierto es un aliciente para alguien que va comenzando. En fin, comencé tarde, porque he seguido un camino un tanto complicado, porque no hice estudios de historia; yo venía de la facultad de derecho, me iba orientando de manera

distinta y voy a ver a ese profesor que me habla de archivos policíacos sin abrir y que me lleva al Archivo Nacional. Creo que caben y se definen muchas cosas en un primer gesto, en ese abrir las cajas por primera vez.

Luego, la elección correspondía a áreas de trabajo por aquel tiempo muy importantes: en los años 1979-80 se incursionaba colectivamente en investigaciones sobre la marginalidad, sobre la prisión, la policía, sobre las normas y las transgresiones; muy rápidamente fuimos varios los que trabajábamos en el archivo judicial, con el entusiasmo de investigaciones colectivas que ahora ya no existen. Las iniciativas colectivas de trabajo estaban por entonces mucho más presentes que lo que podemos ver en la actualidad. Ésa es pues la segunda razón: el apoyo colectivo de gentes que, en otra parte, en provincia, trabajan también sobre la marginación, la desviación con respecto a la norma, la pobreza, etc.

Y después viene el tercer encuentro, que es más personal, en el que me doy cuenta de que ¡claro!, se van a poder hacer estudios muy interesantes con ese fondo de archivo: estudios seriales de criminalidad, estudios sobre la prisión, sobre la reclusión. Pero muy pronto me doy cuenta de que es un fondo tan... rico, que dice muchas otras cosas. Ese material constituye una fuente excepcional, con él se puede interrogar la historia de otra manera. Por entonces yo no tenía todavía una conciencia muy clara de eso, pero al escribir *Vivre dans la rue à Paris au XVIIIème siècle*, se dibuja a través de las fuentes un espacio público que nace en aquella época, y veo muchas más cosas que una relación estricta con estudios tradicionales sobre la criminalidad. Acontecimientos minúsculos, rastros ínfimos están allí; de ellos puede uno servirse para aprehender el contenido informativo (y luego había que interpretarlo) que podían proporcionarme sobre modos de vida y de pensamiento hasta entonces poco conocidos. Insisto: al principio fue el azar, el encuentro con alguien, luego está el aspecto colectivo y finalmente el encuentro personal. Ésas son las tres dimensiones.

VH: Dada la importancia que concede usted a las fuentes dentro de su trabajo, se puede uno preguntar qué fue primero: ¿Fue acaso la elección de actores particulares en un momento dado, o bien fue el encuentro con las fuentes lo que orientó esa elección?

AF: Ambas cosas, porque hubo al principio una elección que consiste en que yo quería trabajar sobre los comportamientos populares y sobre los individuos que no habían podido escribir. Entonces, a mi modo de ver, los actores sociales que estaban mudos estaban ahí a través de la policía; eso planteaba el problema de que el paso por la policía era un prisma, una pantalla. Pero, al mismo tiempo, existía la impresión (y después tuve que trabajar sobre esa impresión) de percibir una realidad que nunca había sido vista. Y luego aquella frase me volvía: “Los va usted a abrir por primera vez”; yo quería estar a la altura de esa “primera vez” y alimentar una reflexión que fuese más allá de lo descriptivo o lo anecdótico.

VH: ¿Tenía usted el presentimiento, antes de abrir el fondo, que habría informaciones de ese tipo?

AF: Sí. Había elegido un tema curioso que era el de los ladrones de alimentos. Creo, y lo digo por honestidad, que no tenía ganas de trabajar sobre grandes criminales. Y después quise trabajar esa fuente, no por lo que me indica –como decía hace rato– del hecho criminal, sino de una población que no podía encontrar en otra parte, a través de otros documentos. Creo que la idea del ladrón de alimentos ya iba un poco en ese sentido.

EC: Precisamente, a lo largo de toda su obra tiene uno la impresión de que usted trató de resaltar la palabra de esa gente en cierto modo sin palabra, que intentó restituirles su calidad de actores de la historia. La iniciativa no es usual: en general encontramos más bien el discurso de aquéllos que de costumbre tienen la palabra o de quienes escribieron. En ese

sentido, en un momento dice usted (con relación a su propia forma de proceder): “Es para encontrar la palabra de la gente de menores recursos, de los que no sabían escribir y de quienes encontramos el rastro escrito de las palabras que profirieron a través de los expedientes de policía”.² Precisamente, a partir de esto, usted como historiadora, ¿cómo se aproxima a esta palabra cuando encuentra ese rastro?

AF: No es algo que se haya hecho fácilmente, porque pienso que el trabajo del historiador es un trabajo muy solitario; en consecuencia, una experiencia personal de reflexión solitaria con respecto a sus fuentes; por otra parte, no podemos olvidar que somos parte de una disciplina histórica, de un cuerpo profesional; en mi caso, el de las historiadoras e historiadores franceses. En cierta época éramos bastantes los que trabajábamos sobre historia de las mentalidades, sobre los pobres, la historia de la alimentación, de la sexualidad y, luego, ya se perfilaba la historia de la mujer. Entonces estaba uno enmarcado dentro de un movimiento. Pero muy pronto comprendí muy bien también a qué punto una disciplina se lo “come” a uno y lo absorbe; cómo el campo histórico está de tal manera señalado por los profesores, por los cuerpos profesionales, etc., de tal manera que va a ser preciso combatir al interior. Ahí es donde cobran importancia para mí los encuentros transversales; pienso en el encuentro con Michel Foucault, que con toda seguridad fue para mí excepcional e importante. De igual modo, habiendo trabajado con Jacques Rancière³ en su grupo *Les Révoltes Logiques*, había comprendido que no podía trabajar sobre las prácticas sociales de los hombres y de las mujeres del pueblo sin aprehender también el mundo de su pensamiento, de su imaginario.

² *Des Lieux pour l'histoire*, Paris, Editions du Seuil, Coll. La Librairie du XXe siècle, 1997, p.71.

³ Filósofo y profesor de estética en la Universidad de París VIII, Saint-Denis, entre sus obras se cuentan: *Le Philosophe et ses pauvres*, Paris, Fayard, 1983; *Les noms de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, Paris, Seuil, Coll. La Librairie du XXe siècle, 1992.



Antes de llegar a escribir *Dire et mal dire*⁴ y a mi trabajo sobre la opinión pública, escribí *La vie fragile*,⁵ que todavía cabe en el campo del estudio de los comportamientos, aun cuando ya inicia una reflexión sobre el pensamiento, sobre las formas de pensamiento. Pero, ¿cómo encontrar todo eso en el archivo? es como, “¿cómo encontrar el silencio?”. Me motivaba realmente la idea de que el pueblo no solamente estaba en la precariedad, no solamente era miserable, sino que nada se había dicho todavía sobre las construcciones intelectuales de esta población y que incluso nunca se había hablado de ella en términos de construcción intelectual. Devolverles la palabra es una cosa, devolverles su pensamiento es esencial. Es decir: ir en pos de las prácticas sociales de pensamiento y de lenguaje, de los modos de expresión, de las formas de no dejarse engañar con respecto a lo que se les inflige. Todos piensan, piensan en los acontecimientos y van a la ciudad para estar al tanto de ellos. Y, a partir de la “curiosidad pública” y de lo que yo veía en todo ese trajín constante de París (vi a dónde iba la gente y por qué) fue como, finalmente, traté de indagar en el sentido de “qué es un pensamiento”.

El camino se vuelve entonces más solitario porque, a partir de ese momento, también los estudios sobre la marginalidad, la desviación con respecto a la norma, decaen un poco; ya no se hacen tanto investigaciones colectivas, se deja de trabajar así. Entonces, cada quien sigue su camino. A través de las palabras pueden darse acontecimientos susceptibles de ser identificados de manera precisa. Ciertos historiadores pueden considerar con escepticismo el que existan “acontecimientos de palabra”; sin embargo, las fuentes nos informan sobre ellos.

4 *Dire et mal dire. L'opinion publique au XVIIIe siècle*, Paris, Editions du Seuil, Coll. La Librairie du XXe siècle, 1992.

5 *La vie fragile. Violence, pouvoirs et solidarités à Paris au XVIIIe siècle*, Paris, Editions du Seuil, Coll. Points Histoire, 1992 (1ère Éd. 1986).

EC: ¿Qué le aportaron las reflexiones de Michel Foucault o de Jacques Rancière?

AF: En cuanto a Rancière, era algo muy intelectual. Formábamos parte de un grupo de reflexión en torno a su revista *Les révoltes logiques*. Yo participé en esta revista, en torno a reflexiones con verdadero compromiso político; no militantes en el sentido en que se diría que la historia de la mujer fue militante, sino en el sentido intelectual y político. Lo que más me influenció fue el libro *La nuit des prolétaires*,⁶ de Jacques Rancière, quizás más que la aventura de *Les révoltes logiques*.

El encuentro con Michel Foucault es distinto, es fortuito: un día recibo por correo un paquete de documentos de archivo con una carta adjunta de Michel Foucault. Por aquel entonces, yo no asistía a sus seminarios. Evidentemente lo había leído, pero no asistía a su seminario. En la carta que acompañaba al paquete de *lettres de cachet* [N. del T.: órdenes reales de prisión o de destierro], Foucault me pedía mi opinión al respecto. Así comenzó nuestra colaboración. Porque él había leído por un lado *Le vol d'aliments*⁷ y por otro *Vivre dans la rue*, y el enfoque le había interesado. Al principio es un encuentro improbable que se organiza en torno a una fuente, a un tema de reflexión y también gracias a la libertad de este hombre filósofo y hombre de compromiso.

Frente al documento de archivo, Michel Foucault posee una gran sensibilidad estética, lo cual me enseña muchísimas cosas sobre una especie de relación directa al texto.

Contrariamente a lo que se lee en sus libros o a lo que se le ha criticado siempre, Foucault tiene una especie de relación vibrante con el archivo, sobre la que naturalmente discutimos muchísimo, antes de escribir *Le désordre des familles*.⁸ También entonces trabajamos con discreción, ya que la rela-

⁶ *La Nuit des prolétaires*, Paris, Fayard, 1981

⁷ Arlette Farge, *Le vol d'aliments à Paris au XVIIIe siècle*, Paris, Plon, 1974.

⁸ *Le désordre des familles. Lettres de cachet des Archives de la Bastille* (con Michel Foucault), Paris, Gallimard, 1982.



ción de Michel Foucault con los historiadores era muy difícil. Este encuentro es pues una historia particular, una historia al margen. Aprendí muchísimo del trabajo con él, pero las reticencias de los historiadores imprimen al libro limitaciones que no habría tenido –de hecho íbamos a hacer otro libro después–, si no hubiera habido esta historia del malentendido entre Foucault y los historiadores. Para Foucault yo representaba justamente una historiadora no integrada en el universo oficial de los historiadores, situada al margen, y por eso mismo fue una suerte.

VH: Precisamente, lo que llama la atención cuando hace usted referencia a personas que han contado en su trayectoria intelectual, ya sea Foucault o Michel de Certeau, es que siempre dice haberlos conocido por el intermedio de documentos de archivo. Lo que quisiéramos saber es en qué medida esas personas, ya que el encuentro tiene lugar a través del documento, han orientado, con sus instrumentos, la lectura que usted hace de las fuentes: en particular Foucault y esa voluntad de romper con toda una serie de convenciones, ya sea sobre objetos muy precisos o sobre la forma misma de aprehender el documento –y usted lo decía hace un momento–, de saber ir al documento y tratar de sacar de él cosas nuevas.

AF: Creo que cada vez que se produce un encuentro, las cosas tienen lugar en ambos sentidos porque, en el fondo, el hecho mismo de haber elegido el archivo de policía conlleva ya el encuentro con otras personas, en la sorpresa y en la connivencia. En el fondo, lo que me impresionó en el encuentro con Michel Foucault fue el encontrar a una persona tan inteligente, y también tan cortés, que frente a ella yo crecía, puesto que es alguien que da, que tiene la generosidad de darle a uno inteligencia, pero inteligencia libre. Nunca me he sentido discípula de Foucault. Y luego, en las sucesiones y los problemas complicadísimos que se plantearon después de su muerte, nunca me sentí incómoda. No me siento una discipu-

la, sino alguien próximo, lo que me permite tomar herramientas en otra parte.

VH: Pienso que, si nos llamó la atención, es porque en el campo de la historiografía latinoamericanista, uno de los aspectos en los que queda mucho por hacer es el de la lectura a niveles múltiples de los documentos. A mi modo de ver, en el encuentro con lo que usted hace, no solamente hay campos próximos, sino también eso, es decir, la voluntad de volver no solamente a las fuentes, sino también de ir a aquéllas que aún no han sido exploradas. Y la voluntad, sobre todo para ciertos períodos, de llegar a hacer hablar a la gente privada de palabra. Es una interrogante recurrente: cómo devolver la palabra a poblaciones (esclavos, analfabetas) que no dejaron huellas escritas. Cuando la leo a usted, leo la prueba de que es posible una lectura de los documentos a distintos niveles, para dar salida a esa palabra.

AF: Dar la palabra a individuos de antaño, que no pudieron escribir, permite dar la palabra a gentes de hoy. Existe una interacción fuerte entre trabajar la historia y reflexionar sobre el presente. Mientras más se apoye el relato histórico en las palabras de la gente, mayor posibilidad existe hoy de hablar a las gentes de hoy, de interpretar actualidad.

VH: En algún momento, cuando habla de la dificultad de abordar este tipo de temas, en particular el sufrimiento de los pobres, evoca precisamente el riesgo de caer en una especie de exotismo. Pero también es cierto que tratar, a través quizás de la empatía, de devolver la palabra a esa gente, significa también devolver una memoria a la gente de hoy. Porque dice usted muy bien que esta palabra puede parecer marginal o exótica, pero, no obstante, bien analizadas las cosas, es el cimiento de nuestra sociedad. Y devolver una memoria a la gente marginada de hoy y que es gente que se dice (o que otros dicen) sin historia, es muy importante; es mostrar que las poblaciones dichas marginales o marginadas tienen su propia racionalidad, su propia memoria.



AF: En la relación a las fuentes y en la manera de estudiarlo se requiere un rigor muy grande. Es un asunto preocupante, porque sé también que se pueden hacer trabajos falsificados con los archivos judiciales. El documento no es una prueba. Jamás me permitiré, como se hace ahora con algunos archivos rusos, u otros, exhibir un documento diciendo “tengo la prueba de que...”. Es necesario tener esquemas de interpretación rigurosos, sin lo cual se cae en el anecdotismo o en interpretaciones erróneas, lo cual es grave. Es importante que siempre tenga uno que justificarse. A veces es un poco fastidioso justificar los conceptos, etc., pero es esencial porque mientras más rigurosos seamos –en última instancia esto exige más rigor que la historia de las batallas– podremos restituir mejor una memoria compleja y contradictoria.

EC: Y, precisamente, ¿cuáles serían –si quiere usted hablarnos un poco de eso– los riesgos que existen cuando se trabaja con ese tipo de actores, sobre el tipo de problemáticas que usted ha elegido para trabajar, en el momento de escribir la historia y dentro de su práctica como historiadora?

AF: Existen riesgos que son los del estallido completo, de la dispersión de los datos, porque dispone uno de tantos documentos contradictorios. Existe efectivamente un riesgo de dispersión, (incluso) de explosión del relato histórico. Entonces la construcción del relato se vuelve más complicada. Hay también otro riesgo, el del desviacionismo que podría llevar al negacionismo, al revisionismo: es decir, que se exhiba hasta en el más mínimo detalle un documento que comprobaría tal cosa olvidando otros que comprueban otras. Invertir la cosa a tal grado que, por un lado, el relato se vuelve incomprendible y, por otro lado, se sucumbe al peso de anécdotas sin ningún interés; o bien entonces que se les utilice de manera deshonestas. O bien se volvería, volveríamos, como lo temía Pierre Laborie, a un relato positivista objetivado a la antigua. No es pues nada sencillo de elaborar y creo que se requiere un rigor muy grande.

VH: Eso plantea, justamente, la relación con la microhistoria. Con todo y el riesgo de desarmar el análisis, pienso que podemos postular que el microanálisis puede ser un medio de articular aquello que es del orden de lo extremadamente pequeño, pero que se sitúa en el marco de un enfoque más global, ya sea para pensar la pertenencia a lo nacional, o bien una situación más amplia.

AF: Sí, los trabajos que hago son de algún modo microhistóricos, aun cuando hay algo que me interpela en la microhistoria, que es la falta de explicitud de lo que está en juego, en el sentido en que, en algunos trabajos, se evita la cuestión crucial que es la del conflicto y de la relación de fuerzas. Se busca demasiado evitar estos asuntos y como ya no existen las antiguas categorías para nombrarlos, la microhistoria se ha estructurado de tal manera que evita incluso el tener que nombrarlos, aun cuando fuera de otro modo. Saber nombrar, encontrar un vocabulario nuevo, reanudar con el antiguo, hablar del conflicto, de las diferencias de clase, sabiendo perfectamente que el marxismo es una palabra, éste es un cuestionamiento importante. Es bueno construir teniendo en mente la idea de saber nombrar las relaciones de fuerzas, decirlas, porque finalmente las formas de dominación existen realmente. Encontramos otras palabras y, cuando las hayamos encontrado, encontraremos todavía más cosas en los archivos y tendremos la posibilidad de un desplazamiento constante de perspectiva.

VH: Esto va en el sentido de algunas de sus reacciones en el seminario,⁹ sobre el hecho de que no hay que tener miedo de hablar de relaciones de clase.

AF: Sí, me parecería estimulante que se hiciera un taller de palabras para una nueva investigación histórica. Creo

⁹ Seminario de Arlette Farge y Pierre Laborie, "Historiens et phénomènes d'opinion. L'événement et sa réception, XVIIIe-Xxe", Paris, Ecole des Hautes en Sciences Sociales



mucho en la denominación, en el poder de las palabras. Cuando se encuentra una palabra para definir algo, es importante. Cuando trabajaba sobre la relación entre madres e hijos y que estábamos inmersos en los grandes debates, “no los quieren-los quieren”, respecto a los siglos XVIII-XIX, busqué una palabra para calificar el sentimiento hacia la infancia, la palabra solicitud. Gracias a eso comprendí muchas cosas sobre las relaciones entre padres e hijos en el siglo XVIII. Un taller de palabras o de metáforas sería interesante; de hecho, cuando leo el trabajo de algún historiador pongo mucha atención a su vocabulario, porque pienso que es allí en donde se comprenden muchos conceptos. Si tenemos que pensar de otra manera, tendríamos que aprender otras palabras.

Hay palabras difíciles de utilizar en la actualidad, como por ejemplo, dominación, opresión; alejándolas un poco del campo de la historia de la mujer se ha podido trabajar de otra manera sobre las relaciones entre los sexos. Entonces, a veces se gana; sin embargo, sigue siendo esencial el nombrar, el descubrir otros términos que requieren nuevas nociones.

EC: Leyendo su último libro, que nos llamó mucho la atención, nos parecía que hay un intento de invertir la lectura de ciertos objetos históricos. Inversión que concierne a los objetos mismos, ya sea la guerra, la violencia, el sufrimiento:

En la medida en que usted postula que tanto la guerra como la violencia son producto de una elección racional hecha por una sociedad en un momento dado, rehusa el que pueda tratarse de una fatalidad.

AF: Sí. ¿Cómo no sorprenderse en relatos históricos, en lo tocante justamente a la guerra (no hablo de las guerras del siglo XX, puesto que pienso que a partir de la de 1914 la mirada del historiador ha cambiado un poquito), por el hecho de que las guerras no sean analizadas jamás como una elección, como momentos precisos en que mecanismos racionales permiten pensarlas? Una sociedad piensa la guerra. Si es posi-

ble pensar los mecanismos que conducen a la guerra, es porque ésta no es tan ineluctable ni tan necesaria como nos es presentada siempre. Dentro del análisis de esos mecanismos racionales que preceden a la guerra y que presiden la guerra y la manera en que ésta se hace cada vez (porque también creo que no existe una barbarie en general, ni una crueldad en general, sino realmente maneras de echar a andar mecanismos de crueldad y de barbarie que son pensados en cada momento de guerra), el historiador puede reflexionar y quizás anticiparse al futuro. Si se pueden mostrar cada vez mecanismos suficientemente potentes como para que acontecimientos como las guerras hayan sido decididos, se puede mostrar que es posible desanudarlos; la idea, en cierta manera, es ésa. Esos grandes acontecimientos, guerras, epidemias, motines, han traído sufrimientos específicos y los individuos han tenido formas específicas de expresión para decirlos y han conocido momentos precisos en donde han podido hacer de tal modo que este sufrimiento sea o no sea recibido por el conjunto social. A través de los grandes acontecimientos traumáticos se puede trabajar sobre la constitución misma de esos sentimientos de solidaridad, de desinterés, sobre el silencio. Se pueden también restituir los términos de la palabra doliente. Es algo que no se dice igual en el siglo XIX que en el XVI, durante las guerras de religión, por ejemplo, y que tampoco se vive de la misma forma. Y además estos hechos tienen lugar dentro de formas de sociedad precisas: cuando, por ejemplo, durante las guerras de religión, las mujeres hacen tal o cual gesto, según que sean protestantes o católicas, sobre los cuerpos de niños destrozados, no quiere decir la misma cosa, y todo ello nos proporciona información sobre la relación con la vida y la muerte. Y si pudiéramos todos esos signos unos junto a otros, podríamos esperar ver que tal o cual tipo de barbarie está ligado a tal o cual motivo; así nos dejaríamos de ideas invariantes como “la guerra y su cortejo de violencia”, “la guerra y su cortejo de violaciones”. El su-



frimiento no es una invariante, pero se proyecta en un universo social en donde adquiere o no sentido y donde una obra se va labrando al interior mismo de la destrucción. El historiador puede tratar de captar este universo. El sufrimiento, por ejemplo, provoca memoria, pero también provoca futuro, una idea de futuro. Se trata de mecanismos sociales extremadamente fuertes y sería posible hacer un trabajo que profundizara todavía más sobre estas formas de sufrimiento.

VH: Tiene que ver con lo que decíamos hace rato sobre las formas de trabajar sobre el sufrimiento o sobre la guerra a partir de los cuadros de Watteau.¹⁰ ¿Ha recurrido a prácticas o a instrumentos de otras disciplinas distintas de la historia?

AF: Rara vez me sucede. En ese caso trabajé por primera vez sobre un pintor. Trabajar con la pintura es algo que nunca había puesto en práctica. Algo con lo que trabajo, sin decirlo y sin teorizarlo, es con el cine, con la escritura cinematográfica y, claro, con la literatura. Con la pintura nunca lo había hecho y me dan ganas, ahora que estoy trabajando sobre la historia de la seducción, de estudiar a Fragonard o de relacionar escenas pintadas por Greuze o por Fragonard¹¹ con escenas de la calle.

VH: Cuando se mira su trayectoria a través de su obra, se ve que partió usted del siglo XVIII, pero siempre se encuentra un diálogo permanente entre el trabajo sobre el pasado y la reflexión sobre el presente. Y lo que llama particularmente la atención en su último libro es la toma de posición con relación a situaciones actuales. A través de eso encontramos la cuestión de la emoción: la que encuentra usted misma dentro de los documentos y que trata de restituir, es decir, la emoción en el sentido amplio, y luego la suya propia. Eso recuerda las palabras de Foucault que usted cita en *Des lieux pour*

¹⁰ *Les fatigues de la guerre. XVIIIe siècle. Watteau*, Paris, Éd. Gallimard, Coll. Le promeneur, 1996.

¹¹ Jean-Baptiste Greuze (1725-1805), *La malédiction paternelle*, *La Cruche cassée*; Jean Honoré Fragonard (1732-1806), *La leçon de musique*, *La Chemise enlevée*.

l'histoire : “No borrar del propio saber todas las huellas del querer”.¹² Se trata de un compromiso en sentido amplio, no solamente político.

AF: No concibo la vida intelectual sin esta posición. Para mí, va implicado en la postura misma del intelectual. No me pregunto si estoy deformando el objeto histórico por el hecho de tener cierta posición ética. Se puede separar el hecho de haber sido feminista, serlo todavía o ya no, tener o no una militancia activa, del de escribir libros de historia en los que se transparentan algunas visiones éticas del mundo. La postura intelectual es forzosamente algo que lo obliga a uno a mantenerse en esos lugares centrales que son los lugares del encuentro con un tiempo, nuestro tiempo, y que por supuesto pasa a través de un compromiso del pensamiento, a través de las palabras que se eligen para escribir y del objeto histórico que se considera. Este compromiso del pensamiento también es acción. El acto de pensar es el acto de proyectar sobre una realidad los medios de interpretarla para que resuene de otra manera, para que se desplace constantemente hacia otra parte (otra parte de donde venimos y a donde vamos). Para mí, eso es algo realmente muy fuerte. En todo caso, lo que más falta me hace es encontrar personas con quienes compartirlo. A final de cuentas, las encuentra uno más en un público amplio, en una conferencia, que entre otros intelectuales.

VH: No es una cuestión de principios: no se trata de “hago esto porque tengo cualquier tipo de compromiso”.

AF: No, se trata de un principio universal que todo lo engloba.

VH: Es un planteamiento global. Por eso me gusta cuando dice usted en *La vie fragile*: “Siempre he concebido mi investigación como un itinerario personal e intelectual (...)”.¹³

¹² *Des lieux pour l'histoire*, Op. Cit., p. 8.

¹³ *La vie fragile. Violence, pouvoirs et solidarités à Paris au XVIIIe siècle*, Paris, Editions du Seuil, Coll. Points Histoire, 1992, p. 323.

Si se es coherente con este planteamiento, hay forzosamente un eco entre lo que es el trabajo del historiador frente a sus documentos y su percepción de la sociedad.

AF: Sí. Precisamente, seguido veo a los jóvenes estudiantes de doctorado, pasmados y decepcionados de ver cómo se transmite en la actualidad el conocimiento; es decir, como una especie de erudición fatigada y fatigante, de la cual no se puede sacar nada. De hecho, creo que un saber erudito, construido exclusivamente con su propia erudición, es un saber que no puede darse, que no puede transmitirse, porque aquél a quien se le transmite debe poder apropiárselo para hacer de él otra cosa. En la transmisión, lo que me fascina es que el otro pueda apropiarse el conocimiento, de otra manera. Mientras que cuando se da el conocimiento así nada más, dizque puro de toda implicación, no es posible tomarlo, no es posible apropiárselo. Una actitud positiva es la de aquél que encara la vida y que transmite su vida intelectual con debates y dudas.

VH: De hecho, en las introducciones de sus obras usted indica siempre “el presente libro es el principio de tal cosa” y, en sus conclusiones, que está abierto sobre otra cosa. Ahora bien, la transmisión del conocimiento también consiste en mostrar la construcción del objeto de estudio, en enseñar que la reflexión jamás queda terminada; la manera en que usted ha procedido denota también esta voluntad de colocar el pasado y el presente de manera que puedan confrontarse.

AF: Los documentos ayudan a seguir este camino. El material es tan vivo, tan obsesionante incluso, que obliga a ello. Supongo que si trabajara con otro tipo de materiales, quizás no tendría la misma visión. Efectivamente: los documentos me guían más allá de ellos mismos; en última instancia, me introducen en campos a los que no pensaba que iría. Sigue siendo un modo de pensar de otra forma el acontecimiento social.

EC: Una pregunta que tiene más que ver con la curiosidad. Hemos partido de sus libros y forzosamente tenemos un

retraso con relación a sus reflexiones actuales. ¿Sobre qué trabaja actualmente?

AF: Trabajo con el equipo de Historia de la mujer de l'*Ecole de Hautes Etudes en Sciences Sociales*. Acabamos de terminar un libro que va a salir en septiembre sobre la violencia; pero se trata de la violencia de las mujeres y de la violencia sobre las mujeres. Quisimos manejar las dos cosas; tomar los dos aspectos para desencasillar un poco el tema. Fue bastante difícil, porque la violencia sobre las mujeres es más frecuente que la violencia de las mujeres. Sin embargo, la historia de la mujer no debe dejar en el silencio los tabúes y, si la violencia de las mujeres existe, hay que verla en cada sociedad, desde la Grecia antigua hasta el siglo XX. Hay que comprender cómo una sociedad se vive y se piensa muy cómodamente con esas dos cosas: la violencia de las mujeres y la violencia sobre las mujeres. Cómo se estructuran los mecanismos sociales. Ahora vamos a tratar de hacer una historia de la seducción, pero que sería una historia de la seducción dentro de la historia política y religiosa, una historia bastante amplia, que sobrepase el orden de la vida privada.

¿Mis reflexiones actuales? Por ahora no tengo! (EC: ¡No le creo!)

Ahora es la salida del libro, las reacciones que ha habido de parte de la gente, como la de ustedes, como otras. Y, entonces, es un momento particular en donde uno se cuestiona. No he escogido un objeto de investigación muy preciso. Fuera de la historia de la mujer que está haciéndose porque formo parte de un grupo, personalmente todavía no he elegido otro tema. Durante un tiempo creí que sería la guerra, pero no lo creo. Porque me parece demasiado duro. No que sea duro intelectualmente, sino emocionalmente difícil. Entonces, todavía no lo sé.

VH: Quisiera evocar la relación entre el siglo XVIII que usted trabaja y la América Latina del XIX, que es todavía una sociedad de tipo antiguo. Más allá de problemáticas cru-

zadas, hay entre ambos una posibilidad de flujo del mismo tipo de la que puede haber entre pasado y presente.

AF: Sí, y debo decir que, de hecho, incluso en lo que respecta a los seminarios, no pensaba que se pudieran cruzar campos tan distintos. Nicole Loraux ya había tenido esa idea. Finalmente, al mismo tiempo estoy a la expectativa, pues me gustaría ver los trabajos de los estudiantes que vendrán después y me gustaría también que ellos se expresaran más. Porque... si ustedes quieren, también tengo cierto temor, siempre me han preocupado los efectos de la enseñanza, de un libro. Es algo que siempre he abordado con mucha precaución... no que uno pueda controlar los efectos, cuando uno transmite algo, sucede lo que les decía hace rato, la gente se apodera de ello. Pero un libro, la gente se apodera de él, reacciona como le place, y claro que pasa a ser su propiedad, pero creo que hay efectos que debe uno controlar y uno de los efectos que me causaría mayor temor sería el del anacronismo, salvo que fuera bien manejado, como ha podido hacerlo Nicole Loraux. Pienso, creo, de lo que he escuchado en el seminario, que nunca se ha hecho, que también los estudiantes lo evitan, pero pienso que sería de una gravedad insospechada. El trabajo con las fuentes debe ser muy riguroso; es preciso que ni el placer intelectual, ni el deseo, ni el compromiso, terminen por ocultar, se impongan por encima de las hipótesis de trabajo.

VH: Efectivamente, no se debe caer en la trampa de perder de vista la lógica interna del terreno sobre el que se trabaja. Que haya ecos de otros tiempos, otros espacios, es importante. Pero es necesario disponer de las herramientas para hacerlo y no es posible trasponerlo todo.

AF: Pienso hacer algún día algo más a fondo sobre la opinión pública, porque me parece que aún queda mucho por reflexionar por ese lado y mucho que aportar todavía, sin perder de vista la tensión entre pasado y presente.

VH: Es precisamente en esa tensión en donde reside la dificultad. Por un lado, existen esas trampas que deben evitar-

se y, por otro, cuando se procede como usted, mostrando precisamente que los actores al margen son también actores de la historia, se trata también de devolver a esos actores su parte de universalidad.

AF: Lo interesante es efectivamente esa tensión misma. Pero es preciso saberla manejar y no quiero hacerlo de manera anárquica, pues es un compromiso social. Mi compromiso social sería ése, conservando como marco de gran importancia todos los protocolos de veracidad, todos los enfoques rigurosos que permiten dar cuenta de los fenómenos sociales con la mayor exactitud y la mayor justicia posibles. ■

París, 9 de junio de 1997

Des lieux pour l'histoire, París, Editions du Seuil, Coll. La Librairie du XXe siècle, 1997, 149 p.

Dire et mal dire. L'opinion publique au XVIIIe siècle, París, Editions du Seuil, Coll. La Librairie du XXe siècle, 1992, 310 p.

Vivre dans la rue à Paris au XVIIIe siècle, París, Gallimard, Coll. Folio/histoire, 1992 (1ª Éd. 1979), 252 p.

Le gout de l'archive, París, Editions du Seuil, Coll. La Librairie du XXe siècle, 1989, 152 p.

La vie fragile. Violence, pouvoirs et solidarités à Paris au XVIIIe siècle, París, Editions du Seuil, Coll. Points Histoire, 1992 (1ª Éd. 1986), 354 p.

Les fatigues de la guerre. XVIIIe siècle. Watteau, París, Ed. Gallimard, Coll. Le promeneur, 1996, 123 p.

Le cours ordinaire des choses dans la cité au XVIIIe siècle, París, Editions du Seuil, Coll. La Librairie du XXe siècle, 1994, 148 p.

Le désordre des familles. Lettres de cachet des Archives de la Bastille (con Michel Foucault), París, Gallimard, 1982.

Logiques de la foule. L'affaire des enlèvements d'enfants, Paris 1750 (con Jacques Revel), París, Hachette, Coll. Textes du XXe siècle, 1988.

Histoire des femmes. XVIe-XVIIIe siècle, tomo III, (con Natalie Zemon Davis), de la colección dirigida por Georges Duby y Michelle Perrot, París, Plon, 1991.

Le vol d'aliments à Paris au XVIIIe siècle, París, Plon, 1974.

Bibliografía